

CRITICA

La vocación artística supone casi siempre una agónica carrera hacia una meta desconocida. El artista trata de encontrar los medios, las herramientas de expresión que le permitan ir caminando hacia su destino. Y, mientras va adquiriendo el dominio de la técnica y poniendo las metas a su empeño cada vez más alejadas. Mi punto de partida, el horizonte de la duda va así mismo ensanchándose con opciones a su quehacer tan diversas, que inclusive en el caso de que no intervenga la presión de las escuelas y de las modas, ha de verse el artista confortado tan sólo con la confianza que tenga en sí mismo y con un trabajo permanente de búsqueda que le anime en el esfuerzo. La metáfora más escandalosamente tópica que se me ocurre es la de un ciclista: debe seguir un pedaleo permanente para guardar el equilibrio y al mismo tiempo aprovechar ese esfuerzo en su arte.

Y el deseo de alcanzar una etapa creativa para emprender otra, con otros objetivos, que en esto el arte se parece rabiosamente a la vida, o la vida al arte, quién sabe: porque estás obligado a vivir cada edad con diferente ritmo aunque con el mismo entusiasmo. Al decir esto quería referirme a lo que han sido los diferentes tramos que Julián Momoitio ha ido recorriendo en su actividad artística. Los enumero cronológicamente para que el espectador de la obra de este pintor sepa en cada caso cómo y dónde se ha producido esa renovación, ese cambio. Empieza la primera apuesta por lo que el mismo Momoitio define como «neocubismo» y transcurre entre 1970 y 1975. El homenaje a los precursores de lo que significó una auténtica revolución plástica, es decir, el cubismo de Georges Braque y Pablo Picasso, es visible en casi todos los cuadros de esa época, con paisajes y figuras que conservan esas reminiscencias. En el lustro que discurre entre 1975 y 1980 el propio artista ha puesto la etiqueta de «ariónima» a una serie de obras en las que están siempre presentes los elementos que han de ser recurrentes en etapas posteriores: la figura humana, sola o en grupo, a la que el artista atiende con mirada enamorada. La etapa costumbrista, que transcurre entre 1980 y 1985, recogerá esa geografía entrañable que Momoitio conoce particularmente bien: la de los campesinos y los pescadores vascos y su entorno natural. Viene luego, entre 1985 y 1990, una de las más significativas transiciones en la actividad del artista, la «romántica», que ha tenido siempre el protagonismo de la ternura aplicado a unas deliciosas maternidades nimbadas por una luz sabiamente teatral; o en los niños sorprendidos en el ensimismamiento de sus juegos. Estuve hace poco en el estudio de Julián Momoitio para conocer sus trabajos más recientes. Tenía allí varios cuadros que acababa de terminar: figura, composición, bodegones, etc.

En todos ellos estaba practicando una técnica que ponía un valor añadido a lo que se conectaba anteriormente de su actividad creativa. Al dibujo cuidado, meticuloso; al equilibrio de la composición, había sumado un elemento de abstracción que viene a ser como un subrayado enriquecedor en el conjunto. Véase si no esa naturaleza muerta donde conviven en armoniosa compañía los objetos más heterogéneos. Mi utillaje doméstico, con esa especie de orfeón frutaj, donde, un plátano, en medio de la composición, resplandece con su amarillo solar sobre esa galaxia que esconde entre sus pliegues el texto indescifrable de un periódico sin fecha. Otro pintor se habría conformado, sin duda, con haber obtenido una

solución formal al reto que supone siempre armonizar los elementos diversos de una composición. Pero aquí, el artista ha echado mano de su instinto y de los colores más puros y virginales de su paleta, y ha puesto un subrayado de luz, una rúbrica poética al cuadro ya terminado. Y ha inaugurado así otra etapa, la penúltima, de su biografía artística.

Vidal de Nicolás